

MAGGIE BROOKES

LA ESPOSA DEL PRISIONERO

 Planeta

PRIMERA PARTE



VRAŽNÉ, CHECOSLOVAQUIA OCUPADA

Junio a octubre de 1944

La guerra había arrasado Europa durante cinco años; como un gran tornado dispersaba familias y separaba a millones de personas de sus seres amados para siempre. Pero a veces, solo algunas veces, también las acercaba. Como a Bill y a mí. Una joven checa de granja y un joven londinense, que nunca se habrían conocido, fueron lanzados uno al camino del otro. Y nos tendimos una mano, con la que nos agarramos y nos apretamos con fuerza.

Tendríamos que agradecerle al Capitán Zalamero por juntarnos. Siempre pensé en él como el Capitán Zalamero, porque había algo en su conducta, siempre ansioso por complacer, que me hacía detestarlo. Aunque era un oficial nazi, no se parecía en nada a las tropas de las SS que llegaban sin aviso para registrar la granja e interrogarnos sobre mi padre y Jan, mi hermano mayor.

De inmediato supimos que el Capitán Zalamero era diferente porque el primer día que apareció en la granja tocó a la puerta trasera antes de abrirla. Su silueta se mantuvo quieta en el marco; era regordete y estaba bien alimentado con productos de granja que habían sido «requisados».

Mi madre estaba cortando papas en el fregadero. Dejó caer una en el agua y se dio la vuelta, sosteniendo el cuchillo con la mano derecha.

De un vistazo, el capitán cubrió la cocina entera: el cuchillo, mi madre con su delantal, a mí con los libros regados por toda la mesa y a Marek jugando en el suelo.

—¿Hablan alemán? —preguntó de manera cortés, aunque fuera prácticamente lo único que hablaba casi toda la gente de nuestra región.

—Claro —respondió mi madre con su impecable acento alemán, quitándose un mechón de cabello de los ojos con el dorso de la mano izquierda. Yo también asentí, imperceptiblemente.

Su rostro se iluminó.

—¿Puedo pasar?

Mi madre hizo un pequeño chasquido con los dedos, que quería decir: «¿Acaso puedo detenerte?», y él dio un paso al frente.

Ella colocó la mano con el cuchillo sobre el fregadero y frunció el ceño ante el lodo que él iba dejando sobre el suelo limpio. Mi hermano menor, Marek, se puso de pie. Tenía solo ocho años, pero asumió con mucha seriedad la posición del hombre de la casa.

El capitán se quitó el sombrero. Debajo de este, su cabello era corto y estaba salpicado de gris. Tenía el rostro franco de un hombre de campo acostumbrado a mirar al cielo. Sus labios eran delgados y, tal vez, ruines, pero las arrugas alrededor de sus ojos delataban a alguien a quien le gustaba reír. Parecía mayor sin su sombrero.

—He estado revisando su granja... —El rostro de mi madre se ensombreció, pero él hizo un gesto para demostrar su inocencia—. Quiero ofrecerles ayudantes para los cultivos.

«Solo para poder confiscarlos», pensé, y supe que mi madre estaba pensando lo mismo. Habían requisado cada nabo, cada fanega de avena, cada jamón que habíamos producido.

—Tengo un grupo de prisioneros de guerra del aserradero en Mankendorf. Están haciendo mejoras en el camino para los camiones de madera, pero podría prescindir de uno o dos hombres para que vengan a ayudarlas en las tareas más laboriosas. Tengo órdenes de mejorar la silvicultura y agricultura de la región. Es una granja demasiado grande para ustedes dos.

—Tres —dijo mi hermano, y mi madre le colocó una mano en el hombro en señal de advertencia.

El capitán asintió con seriedad.

—Tres.

Tenía razón, por supuesto. Incluso si trabajábamos de sol a sol, no había manera alguna de que mi madre y yo pudiéramos hacer el trabajo de mi padre, mi hermano Jan y los dos hombres que teníamos contratados y que habíamos perdido.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó amistosamente el capitán a mi hermano.

Él dudó y luego respondió:

—Marek. —El nombre que había recibido por su abuelo checo. Fuera de la casa y en la escuela, por lo general, solía usar su otro nombre, Heinrich, por el padre de nuestra madre. Mi madre y yo nos miramos, pero no dijimos nada.

—Es una granja muy bonita —continuó el capitán—. Yo crecí en una granja y sé cuánto trabajo puede implicar.

Pensé que prefería a los verdaderos nazis, aquellos que no se molestaban en hacer la plática, sino que registraban cada habitación y sacaban los contenidos de cada alacena sin preguntar, como si tuviesen el derecho. A ellos podías odiarlos con un veneno ardiente. Manteníamos los ojos en el suelo mientras estaban en la casa, a sabiendas de que nuestros rostros revelarían el odio que sentíamos.

Pero con el Capitán Zalamero, incluso desde la primera vez, cuando le clavaba los ojos, era él quien desviaba la mirada.

—¿Qué es lo más urgente? —preguntó.

—Primero, hay que cortar el heno, antes de que caiga una tormenta —dijo mi madre y él asintió. Era extraño escucharla hablando alemán dentro de la casa. Por cinco años solo habíamos hablado en checo, desde el momento en que los nazis se habían ido hacia Praga.

—Mañana en la mañana —dijo él, volvió a ponerse el sombrero y levantó el brazo; el gesto se asemejaba más a querer taparse el sol de los ojos—. *Heil Hitler*.

Murmuramos algo ininteligible, él se dio la vuelta y se fue. Marek volvió a sentarse.

Las pisadas del capitán se alejaron sonoramente de la casa. Una de sus piernas avanzaba con mucha rigidez y sus botas provocaban un sonido irregular. Supuse que por eso no estaba matando rusos o cazando a partisanos como mi padre y como Jan. Tal vez tenía una pierna falsa.

Cuando ya no podía escucharnos, mi madre exhaló y volvió al checo.

—Bueno —dijo—, no puedo decir que no será de ayuda. Mientras no esté aquí husmeando todo el tiempo.

A las cinco y media de la mañana siguiente, mi madre y yo aún desayunábamos cuando nos llegó el fuerte sonido de unas puertas que se abrían, las que separaban el camino de la entrada de nuestra granja. Mi madre le dio el último trago a su café y se colocó un chal ligero alrededor de los hombros.

Se mantuvo muy erguida y con la quijada firme, como si creyera que tendría que probarles que ella era la granjera, no la esposa del granjero. Puso una mascada sobre su negro y rizado cabello, lo cual le daba un aspecto más severo y casi amenazante. Nos poníamos los zuecos cuando el Capitán Zalamero tocó a la puerta trasera y preguntó amablemente si estábamos listas para recibirlos. Se veía tan satisfecho consigo mismo que pude haberlo abofeteado.

—Me temo que también debo dejar a un guardia, por su marido y su hijo mayor. —Encogió los hombros a manera de disculpa.

Mi madre, sin decir nada, le cerró la puerta en la cara, atravesó la cocina y salió al patio para levantar la gran viga detrás de las puertas exteriores. Afuera había un camión pequeño con unos veinte hombres. Cinco prisioneros y un viejo guardia descendieron.

Mi madre mantuvo una de las grandes puertas lo suficientemente abierta para que pasaran en una sola fila y miró con

escrutinio a cada uno de los hombres mientras entraban. Detrás de ellos venía el Capitán Zalamero, quien tuvo la atención de ayudarlo a bajar la viga, lo que era un gesto por completo innecesario.

Los cinco prisioneros de guerra marcharon hacia nuestro patio y con un grito fuerte el guardia les dio la orden de detenerse. Bostecé mientras me recargaba en la puerta de la cocina. Marek miraba furtivamente.

Los hombres se alinearon y esa fue la primera vez que vi a Bill. Destacaba de entre los otros por el cabello rubio, los ojos de un gris azulado y el rostro infantil, casi demasiado bello para ser un hombre. Pensé que debía ser polaco; no sabía que los ingleses pudieran tener esa clase de coloración en los ojos. Todos los prisioneros, él incluido, miraron boquiabiertos a mi madre, quien estaba frente a ellos, al lado del Capitán Zalamero. Durante un momento, la miré del mismo modo en que ellos lo hacían: su figura femenina, sus ojos oscuros y la cabeza bien en alto. A pesar de su falda de trabajo desgastada, de alguna manera parecía de la realeza, como una reina disfrazada de plebeya.

—Servirán —dijo y atravesó el jardín en sus zuecos para sacar las herramientas del establo. Los prisioneros miraban a su alrededor, abarcándolo todo: la casa, los graneros, el establo y el granero para heno, que formaban una apretada plaza alrededor de nuestro jardín. Tal vez estaban buscando formas para escapar. Mientras me acercaba, sus miradas se fijaron en mí. Cuando les devolví la mirada, sus ojos se dirigieron al suelo o hacia cualquier cosa neutral del jardín: la pila de agua, la vieja tina de baño, las tejas rojas de nuestro techo. Sabían que el guardia los miraba de cerca. Pero Bill siguió mirándome, de manera descarada y analítica, y yo levanté la barbilla y miré hacia atrás. No fue amor a primera vista, ni siquiera lujuria, pero había algo: una fricción metálica en el aire, un tipo de desafío lanzado y devuelto. Tal vez una especie de reconocimiento.

El Capitán Zalamero entró en una conversación casual con mi madre mientras ella repartía guadañas, rastrillos y trinchos, pero el

guardia mantenía su rifle apuntado hacia los jóvenes que acababan de recibir las herramientas, que podrían haber usado como armas. Se aclaró la garganta y les habló en inglés a los prisioneros:

—Ninguno de ustedes intente nada estúpido. No olviden que estuve en las trincheras y tengo muchas cuentas que saldar.

Ellos asintieron y yo archivé en mi cabeza la información de que el viejo guardia hablaba un excelente inglés.

Mi madre abrió la puerta del granero para heno e indicó el camino hacia la entrada y luego hacia los campos. Yo caminaba hacia atrás. Durante varios pasos, el Capitán Zalamero iba jadeando a su lado, con la pierna rígida, intentando terminar la conversación mientras ella se alejaba. No pude evitar sonreír y, de nuevo, me encontré con la mirada de Bill y vi diversión y aprobación hacia mi madre. Su rostro parecía iluminarse cuando sonreía.

El Capitán Zalamero debió darse cuenta de que estaba haciendo el ridículo, porque de repente se detuvo, dio un taconazo y le deseó un buen día. Mi madre se dio la vuelta y le agradeció de manera educada haber provisto la ayuda para la granja. Él se veía complacido consigo mismo mientras caminaba hacia su coche.

A orillas del primer campo, mi madre les mostraba el uso correcto de la guadaña a los cuatro hombres que parecían tener problemas con ese instrumento. Dos de ellos apenas y la miraban, pero Bill puso especial atención, imitando los movimientos que ella hacía. Imaginé que era un chico de ciudad y que todo esto era nuevo para él. Ella los hizo practicar hasta que estuvo satisfecha y pensó que podrían hacer un buen trabajo. Era evidente que los dos que no habían estado mirado habían cosechado muchos campos con anterioridad, pero Bill y su amigo soltaron muchos golpes torpes antes de lograr cortar algo. Sentí una vergüenza acalorada por ellos, pero mi madre era paciente y se mantuvo detrás de Bill, bajándole el codo derecho para corregir la posición hasta que logró cortar limpiamente los tallos, y luego me miró con expresión de triunfo y deleite. No pude evitar sonreír.

Los guardias habían hecho bien en despertar temprano a los prisioneros, porque el calor pronto comenzó a azotar desde el cielo sin nubes. Cortábamos heno e intentábamos meterlo todo al granero antes de que pudiera llegar la lluvia, lo cual era un trabajo cansado y que producía mucha sed. Siempre había el riesgo de que cayera una tormenta en esos días calurosos. Uno por uno, los hombres pidieron permiso para quitarse las chaquetas del uniforme y las camisetas que tenían debajo. Me impresionó ver lo delgados que estaban, con las costillas marcadas como si fueran caballos maltratados. Algunos, Bill incluido, usaban chalecos andrajosos. Ignorando al guardia que le gritaba que se diera prisa y volviera al trabajo, con cuidado dobló y amarró su camiseta para volverla un sombrero improvisado que cubriría su cuello y sus delgados hombros. Miré su piel blanca azulada y pensé: «Apuesto a que se quema rápido». Bajo el sol, yo me bronceaba, nunca me quemaba.

Mi madre y yo trabajamos con ellos para asegurarnos de que realmente se hiciera todo como a ella le gustaba. Quién sabe de qué manera extraña se hacían las cosas en Inglaterra.

Cuatro de los hombres, incluyendo a Bill, estaban trabajando con las guadañas, cortando el heno de dulce aroma mientras mi madre, el quinto hombre y yo íbamos detrás, agachándonos para recolectar el heno en gavillas, atándolas con un tallo y parándolas juntas para que se secan con el viento. Trabajamos lento y de forma continua, sin hablar, y de vez en cuando mi madre y yo enderezábamos la espalda y mirábamos alrededor.

Ella revisaba el trabajo de los hombres que llevaban las guadañas, para comprobar si sabían lo que estaban haciendo, si se habían olvidado de algún trozo o si necesitaban afilar sus herramientas. Yo miraba el color dorado del campo, el azul de porcelana del cielo y, con el rabillo del ojo, el suave balanceo que Bill hacía ahora con la guadaña. Podía ver cómo todos los músculos de su espalda y de sus hombros trabajaban juntos con el balanceo. Había algo rápido y fluido en sus movimientos. Brillante y mercurial.

Mientras Bill trabajaba, silbaba melodía tras melodía, moviendo la guadaña al ritmo de la música. No reconocí ninguna de las canciones, pero algunas veces los otros hombres se le unían y cantaban a coro.

Cuando fue evidente que el guardia esperaba que trabajaran toda la mañana bajo el calor sin beber nada, mi madre me envió a la granja por agua, la cual repartí entre todos ellos, sirviéndoles en un vaso de latón. Bill me dedicó una amplia y alegre sonrisa. Uno de sus dientes delanteros estaba roto.

—Quisiera... cerveza —dije en mi inglés vacilante y él sonrió aún más.

—Voy a fingir que eso es. —Sonrió ampliamente, saboreándose los labios. Pude notar cómo buscaba algo que decir para ampliar la conversación—. ¿Aquí hacen cerveza? —preguntó.

Asentí.

—Sembramos... —No conocía la palabra para decir «cebada».

—¿Siembran cerveza? —Fingió asombro—. Morí y llegué al cielo.

Solté una risa y el guarda se acercó a Bill para golpearlo en las costillas, usando el cañón del rifle con tanta fuerza que supe que le dejaría una marca, mientras le gritaba:

—Vuelve al trabajo, cerdo perezoso.

Aprendí rápidamente que no debía reír ni llamar la atención del guardia hacia los prisioneros.

El guardia se mantenía a la orilla del campo bajo la delgada sombra de un árbol y nos miraba trabajar, mientras jugaba con su rifle. Tenía el cuello rígido. El sudor bajaba a chorros por su cara. Continuamente manoteaba para alejar un tábano o un mosquito, y yo anhelaba que lo picaran. No pertenecía al ejército regular, más bien era un veterano; quizá estaba feliz de tener que trabajar como guardia de prisioneros de guerra en vez de estar de nuevo en el

frente de batalla. Estoy segura de que él sabía lo fácil que era que un grupo de jóvenes lo vencieran si decidían hacerlo. Todo lo que lo separaba de ellos era su rifle y su prepotencia. Y el hecho de que, si alguna vez intentaban escapar, estaban en el corazón de la Europa nazi, con miles de kilómetros entre ellos y los países neutrales, como Suiza y Suecia. Sentí cómo Bill me observaba mientras veía al guardia, pero no le devolví la mirada.

Los prisioneros tenían permitido hacer una pausa al mediodía para almorzar y sacaron microscópicos trozos de pan de sus mochilas. Mi madre miró esas raciones y me indicó que fuera a la casa por la hogaza que había horneado el día anterior, además de mantequilla y queso. También llevé cerveza para dársela al guardia, mantenerlo de buen humor y asegurarme de que seguiría trayendo a los hombres. Fui cuidadosa de llevarle primero el almuerzo a él y disimulé mi desagrado cuando vi cuánto queso había tomado. Deseé haber escondido el trozo completo y haberle llevado su porción por separado.

Les llevé lo que sobraba a los prisioneros, quienes estaban descansando bajo la sombra de un roble. Algunos dormían. Solo Bill estaba sentado, con la espalda contra el gran tronco, mirándome mientras repartía la comida entre los otros. Cada uno de ellos me miraba como si les diera lo mejor que hubiese probado. Dejé a Bill al final.

Me sonrió mientras me agachaba para darle la pequeña porción de comida y le correspondí. Mientras me miraba, sus ojos se veían más azules que en el campo. Su boca era amplia, como si le gustara sonreír. Los otros hombres solo estaban interesados en la comida que les proporcionaba, pero él sostuvo mi mirada.

—¿El pan y el queso también los hacen aquí? —preguntó lento y claro.

Luché para recordar mi pobre inglés y deseé haber trabajado más duro en la escuela.

—Sí, hacemos.

—Lo mejor que he comido en años.
Me sonrió hasta que bajé la mirada. No era común que me quedara sin palabras, pero no podía pensar en lengua inglesa.
—Espero que gustar —dije lentamente.
Sus ojos brillaron con malicia.
—Oh, me gusta mucho.
Mi estómago se puso rígido, sabía que no se refería al queso, pero respondí en checo:
—No tienes a muchas chicas con las que compararme. —Me reprendí a mí misma por no ser capaz de decirlo en inglés.
Sentí su mirada sobre mí mientras caminaba hacia mi madre.

Hacia el final de la tarde, el campo más grande había sido cortado y los trinchos estaban ensartados en nuestra carreta tirada por caballos. Era mi trabajo cuidar la yegua, sujetar su cabeza y guiarla hacia delante, aunque ella estaba tan acostumbrada al trabajo que realmente no me necesitaba. Acaricié su nariz y le llevé el pasto más dulce.

Sabía dónde estaba Bill sin siquiera mirar, por su hábito de silbar y tararear mientras trabajaba. Vibraba con la música.

Era un trabajo que hacía sudar, y volví dos veces a la casa para llevarles agua fría a los prisioneros. Cada vez que les llevaba agua, dejaba a Bill hasta el final e intentaba cruzar una o dos palabras con él, bajo el ojo vigilante del guardia.

—Soy Bill —dijo—, ¿cómo te llamas?

—Isabela —le contesté.

Él lo repitió dos veces con seriedad:

—Isabella, Isabella —como si le importara decirlo de forma correcta—, ¿significa algo? —preguntó. Pero yo no sabía cómo decirlo en inglés.

Me encogí de hombros y negué con la cabeza.

—Creo que había una reina Isabella en España —dijo y yo moví la cabeza con asombro.

—Bill —dije—, ¿qué significar?

—No sé. Es el nombre de un rey. William, el Conquistador —señaló con tristeza su ropa raída—, interesante tipo de conquistador.

No tenía ni idea de lo que estaba hablando o por qué comenzó a reírse silenciosamente para que el guardia no lo escuchara, pero su deleite era contagioso y también solté una risita callada. Que fuera posible sentir alegría en medio de toda la rudeza y el desastre de pronto cobró un sentido abrumador. El mismo sentido que estaba escrito en el rostro de Bill.

Para el final del día, todos estábamos cubiertos de polvo del heno, que se quedaba pegado a nuestro cabello y nuestra piel sudorosa.

El guardia se levantó mientras los hombres tomaban turnos para ayudar a bombear el agua y que así todos pudieran bañarse en el jardín. Uno a uno, se desnudaron hasta la cintura e inclinaron la cabeza y el cuerpo sobre el agua helada, boqueando y riendo por la sensación, empujándose y echándose agua, como niños. Me mantuve en la puerta del granero, intentando parecer despreocupada, realizando alguna tarea fuera de su vista, como si no los estuviese mirando, como si no estuviera esperando el turno de Bill.

Pero, por el rabillo del ojo, miré cómo se quitaba el chaleco del torso color porcelana. Vi su delgadez terrible, sus músculos tiesos, los nervios de sus brazos y algo saltó dentro de mí, como un pez recién capturado. Talló su cabello con los dedos bajo el agua que corría y luego se enderezó y echó hacia atrás la cabeza, riendo como si no fuera un prisionero hambriento en una tierra lejos de casa, como si fuera solo un chico que sabe que una chica está mirándolo de reojo y gustando de lo que ve. Se puso de nuevo su ropa. Su cabello era más oscuro cuando estaba mojado y se aclaraba gradualmente mientras se secaba.

Me quité los zuecos y subí a la ventana que daba hacia las tierras, sobre las puertas de la entrada, para que mi madre no pudiera

sorprenderme mirando hacia la camioneta que se los llevaba. Pero Bill, de algún modo, supo dónde estaba y me lanzó un pequeño saludo con la mano mientras daban la vuelta en la carretera.

Cuando entré a la cocina, mi madre estaba amasando una doble porción para pan en la mesa. Marek estaba en el piso, jugando con sus cochecitos de juguete. Mi madre sonreía de un modo que no había visto desde que mi padre y Jan se fueron, pero me miró y su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido.

—Sé más cuidadosa —dijo.

Me sonrojé de nuevo y me pregunté si sería posible esconderle alguna cosa.

—El guardia puede ver cualquier cosa que yo veo —continuó. Yo lo dudaba.

—Sé que es difícil cuando todos los chicos se han ido, pero no es posible.

—¿Qué chicos? —preguntó Marek. Ambas lo ignoramos.

Yo siempre odié que me dijeran que algo era imposible y decidía que debía probar de inmediato que no lo era. Lo había heredado de mi madre, ella era igual. Si alguien le hubiera dicho que no podía unirse a los rebeldes, lo hubiera intentado, igual que yo.

Su idea de maternidad era la de inclinar mi voluntad hacia la suya, pero siempre fui una contrincante para ella. Cuando era pequeña, decidí que no quería comer conejo. Apretaba los labios y me negaba a comer la comida que ella preparaba. Así que me llevaba el mismo plato de asado comida tras comida y ella rehusaba darme cualquier otra cosa mientras decía:

—No digas que estás hambrienta si te niegas a comer esto.

No comí nada durante días hasta que estuve mareada de hambre. Cuando al tercer día me puso el asado de conejo en el desayuno, ya le había comenzado a crecer moho. Entonces mi padre se metió, como yo sabía que lo haría, y le dio el asado al cerdo mientras le decía a mi madre:

—Es igual a ti.

Después de eso, siempre que la familia comía conejo, ella me daba un plato de nabos hervidos, incluso cuando le había dicho que ya me gustaba.

Pero tenía razón sobre la falta de chicos. No había uno solo mayor de catorce años en kilómetros a la redonda. Los pocos hablantes de checo habían huido para unirse a la resistencia, como mi padre y Jan, pero la mayoría de los hablantes de alemán se había unido al ejército nazi o a las fábricas del Reich. Muchas de las chicas que había conocido en la escuela también se habían ido; sobre aquellas que se quedaron, Matylda y Dagmar, se rumoraba que se ofrecían gratuitamente a los soldados que andaban cerca. Al menos sus vidas se movían, mientras que la mía se mantenía quieta como una mosca atrapada en ámbar, en una rutina imperturbable desde que tenía quince años. Cinco largos años en los que debía haber estado descubriendo tantas cosas nuevas y, en su lugar, mi mundo se había reducido a esa granja y esa casa, interrumpida solo por ocasionales viajes al mercado o la iglesia. Una vida que irritaba como los zapatos demasiado grandes.

—También tú trabajaste duro —dijo, intentando compensar.

—Tú también —dije a regañadientes.

¿Cuándo había pasado un solo día en que ella no trabajara duro? ¿Qué más había en su vida aparte del trabajo?

Luego de nuestra comida, me deslicé hasta mi habitación y tomé el viejo libro de inglés de la escuela, lo abrí en la página uno y me puse a estudiar, con absoluta concentración. Mi vida no sería igual a la de mi madre. Yo me aseguraría de ello.

Cuando su equipo de trabajo había sido descargado en la granja en Vražné aquella primera mañana, Bill sintió un cosquilleo en la nuca, como si supiera que algo importante estaba por suceder. Durante los últimos cinco años había tenido la sensación constante de que su mundo se expandía y se encogía una y otra vez, como si viviera en la caja torácica de alguna criatura viva y sintiera su respiración.

Miró a su compañero Harry, pero él estaba bostezando y rascándose, sin conciencia de que aquel día tuviera algo de especial. Habían comenzado muy temprano y aún tenían otro día de trabajo duro por delante. La única cosa que Bill podía percibir como distinta ese día era que estaba con ellos el guardia, además del capitán con ropa formal. Por lo general, solo los botaban donde trabajarían esa jornada —un claro de bosque, las obras de una carretera, una granja— y los dejaban bajo el cuidado de algún celoso hombre local, partidario nazi y con pistola en mano. Bill se preguntó qué sería tan especial en esa granja que requería la presencia de dos soldados.

Se abrió la puerta de la cocina y sonrió. Apareció una mujer de unos cuarenta años, bien formada, con zuecos, una falda sucia y el cabello sujetado con una pañoleta, pero con el aire de una elegancia imperante, como si asistiera a un baile. Bill pensó: «Ah, por eso están aquí. No es para mirarnos a nosotros en lo más mínimo».

Un momento después, una joven de la mitad de la edad de la madre salió y se recargó contra el marco de la puerta, como si no

se diera cuenta del efecto que tenía en aquellos jóvenes, hambrientos de mujeres. Si la madre era atractiva, la joven era un oasis en el desierto. Bill sintió que Harry se enderezaba a su lado y él mismo echó los hombros hacia atrás. Los ojos de la joven pasearon sobre todos ellos, evaluando, midiéndolos. Tenía rizos negros, ojos de gato y un cuerpo ligero y delgado, y, como el de su madre, con contornos redondeados y femeninos. Bill le sostuvo la mirada y las paredes de la granja parecieron retroceder.

Había sentido con anterioridad esa expansión del mundo. La primera vez fue en 1939, cuando tenía dieciocho años y había tomado demasiadas cervezas con su equipo de la liga de fútbol dominical después de un partido, luego se retaron a unirse al ejército. Apenas había estado consciente de que estaba cediendo cualquier control de su propia vida por un tiempo indeterminado; difícilmente se daba cuenta de que, a partir de entonces, alguien le diría dónde tenía que estar, cómo vestir, qué comer, cuándo irse a dormir, cuándo despertar, a quién matar. Pero, al marchar hacia el campo de entrenamiento, se percató de que su vida ya no estaría confinada al *pub* de Stoke Newington donde había crecido, el rutinario viaje de Londres hacia su trabajo en la estación Paddington y de vuelta a casa para practicar con su saxofón o tocar el piano en el bar por la tarde.

Luego del entrenamiento básico, su mundo se expandió de nuevo mientras subía al barco en Portsmouth, hacia un destino de guerra desconocido, adentrándose en una vida llena de posibilidades y peligros, incluyendo las sensaciones de mareo y nostalgia por su hogar. Añoraba ver a su madre, a su prima Flora, incluso a su jefe en la taquilla. Extrañaba las teclas del piano que habían sido extensión de sus propios dedos desde que tenía memoria. Sufría el aburrimiento de altamar, donde no había otro entretenimiento que juegos de cartas infinitos durante el largo viaje alrededor de Sudáfrica y el canal de Suez. Algunos días tocaba la armónica para que cantaran. Vio la Montaña de la Mesa mientras daban la vuelta

al cabo y, finalmente, sintió la arena rasposa de un desierto bajo sus botas.

Su batallón instaló las tiendas de campaña en la oscuridad helada y, en la mañana, cuando Bill abrió la puerta de la tienda, había una maldita gran pirámide.

—Creo que estamos en Egipto —dijo por sobre su hombro.

—Más vale que tengan té en los NAAFI¹ —respondió Harry.

Pero Bill no estaba interesado en el té; no podía esperar para escalar la pirámide y pararse en la cima con los brazos extendidos sobre un mundo mucho más grande que lo que nunca hubiera imaginado.

Aquella noche, Harry se fue con algunos de sus compañeros a los burdeles locales, pero Bill se negó a acompañarlos.

—No vengan llorando cuando les dé gonorrea —les advirtió.

En lugar de eso, recordó a las mujeres que había dejado en casa y vagó por los bazares y las calles, absorbiendo la extrañeza, estremeciéndose de emoción.

El mundo de Bill siguió expandiéndose y contrayéndose, desde las brillantes maravillas de El Cairo, hasta el sudoroso, sofocante y confinado espacio dentro de un tanque que se movía pesadamente por la arena durante días. Los artilleros iban por turnos para pararse sobre la torreta y tomar aire fresco. Se ponían irritables al estar apretados en una caja de metal bajo el sol ardiente; una caja que podría, además, ser su ataúd. En el cumpleaños veintiuno de Harry abrieron una lata de carne, pero hacía tanto calor dentro del tanque que el alimento ya había perdido todo el líquido. Sufrían de una aburrición aturdidora, rostizándose todo el día y temblando toda la noche, hasta que de repente se encontraron con el estruendo de una batalla, con proyectiles que explotaban a su alrededor; estaban tan expuestos como una hilera de patos en un juego de tiro de feria.

¹ Navy, Army and Air Force Institutes (Institutos de la Armada, el Ejército y la Fuerza Aérea).

Él y Harry habían pasado por todas esas cosas juntos, como una pareja de sujetalibros: Bill, el rubio, en un extremo de la repisa, y Harry, con su cabello castaño ondulado, en el otro. Las chicas no podían resistirse a los ojos semicerrados, dormilones, de Harry, mientras que los hombres de cierto tipo se sentían atraídos hacia los bellos rasgos de Bill, y más de una vez Harry tuvo que corregirlos. Era más que una amistad de tiempos de paz. Bill había visto los mismos horrores que Harry; Harry había sentido el terror de Bill. Implícitamente, confiaban uno en el otro, se cuidaban las espaldas, compartían la comida. Habían tenido diferencias, claro, y con frecuencia se volvían locos, pero cada uno sabía que estaba dispuesto a cargar al otro sobre su espalda y sacarlo del campo de batalla hasta que no pudiera dar un paso más. Eran hermanos de armas.

Los capturaron juntos durante la batalla de Tobruk, en 1941. Su tanque recibió un impacto y todos salieron del vehículo lleno de humo, directo hacia los cañones del ejército nazi que los esperaban. No había nada que hacer, sino levantar las manos sobre la cabeza y caminar hacia sus captores.

—Siento las piernas como gelatina —le dijo Bill a Harry.

Harry sonrió sombríamente.

—Al menos no tenemos que volver nunca más a ese tanque.

Todos rieron cuando uno de los soldados nazis anunció:

—Acabó la guerra para ustedes, *Tommies*. —Así les decían los alemanes a los soldados británicos.

—Demonios —dijo Bill—, no pensé que dijeran eso en la vida real. Pensé que solo pasaba en las películas.

* * *

Después de tres meses en un campo de prisioneros en Libia, custodiado agresivamente, donde todos tenían diarrea y temblaban sin mantas en las noches bajo cero, donde los miembros de una tribu que los vigilaban colgaban a los hombres de las muñecas y bajo el

sol durante todo el día solo por diversión, los llevaron en bote a Sicilia. La bodega estaba tan llena de prisioneros que muchos no cabían y tenían que acomodarse como sardinas en la cubierta, pero Bill y Harry se alegraron de estar ahí, rodeados por el azul del mar, mientras los delfines jugaban a los lados del bote. Por primera vez en meses, Bill sentía que podía respirar mientras el cielo se extendía sobre él. Pero, apenas reconoció que el mundo se estaba expandiendo, este se contrajo de nuevo en el reducido espacio de un camión de ganado que los agitó y zarandeó durante todo el trayecto por el sur de Italia hasta llegar a los cuarteles cerrados, las torres de vigilancia y el alambre de púas de un campo de prisioneros de guerra.

Los guardias de Mussolini eran más amables que los libios —y la comida era mejor—, pero no había nada en qué ocuparse desde que amanecía hasta el anochecer de cada largo día, ni había nada que los protegiera de ser devorados por los mosquitos tan pronto como se ponía el sol. Algunos hombres pasaban sus días apostando qué tan rápido subiría una lagartija por la pared. Otros intentaban enseñarle álgebra o un idioma a algún grupo. Harry se dedicó al ejercicio. Bill cerraba los ojos y tocaba un piano imaginario, o hacía música con la armónica que tenía en el bolsillo desde que su tanque había sido atacado. Una vez, Harry y él intentaron escapar metiéndose entre la ropa sucia. La amenaza por parte del pelotón de fusilamiento de llevarlos a confinamiento solitario los hizo decidir que nunca lo intentarían de nuevo.

—Solo hay que concentrarnos en salir vivos de esto —dijo Bill, y Harry estuvo de acuerdo.

A medida que las noticias de los avances de los aliados llegaban al campo, se sentía una energía de excitación, y luego llegaron las noticias de que Mussolini se había rendido. Durante algunos días, no hablaron de nada que no fuera su libertad.

—¿Crees que nos dejarán ir a casa por un tiempo o que solo nos mandarán al frente? —preguntó Harry.

Bill estaba seguro de que no los enviarían a casa.

Una mañana, los guardias se fueron, pero, justo cuando Bill y Harry estaban seguros de que serían liberados, aparecieron camiones cubiertos de esvásticas y nuevos guardias se apoderaron del lugar, hablando alemán en vez de italiano. La esperanza de la libertad desapareció de nuevo, mientras los detenían y los subían a camiones de ganado que anduvieron sin descanso día tras día, noche tras noche, subiendo hacia los Alpes y luego a través de Austria y Checoslovaquia, hasta llegar a Polonia, al gran campo de Lamsdorf.

Dentro del campo, el régimen era similar al italiano; había dos pases de lista por día, hacinamiento, la comida era insuficiente y guardias armados con rifles patrullaban las cercas. Pero Bill pronto descubriría que Lamsdorf era en realidad un inmenso centro de procesamiento para proporcionar mano de obra para fábricas, minas, canteras y bosques del Tercer Reich. No solo los romanos necesitaban esclavos para su imperio. Los Convenios de Ginebra establecían que no estaba permitido poner a trabajar a los oficiales capturados, así que permanecerían en prisión por lo que quedara de la guerra, pero los suboficiales y hombres enlistados, como Bill y Harry, podían ser enviados a los campos de labor como *Arbeitskommandos*, grupos de trabajos forzados dispersos por grandes extensiones de Polonia, Checoslovaquia, Austria e incluso la misma Alemania.

—Hay que salir de aquí —dijo Bill, mirando de arriba abajo a los cuidadores y las cercas con alambre de púas—. Ya no aguanto esto.

Harry y él estuvieron de acuerdo en que no querían ayudar activamente a la máquina de guerra nazi, así que no fabricarían armamentos ni construirían tanques, ni siquiera sacarían de las minas el carbón que daba fuerza a la operación, pero pensaron que podían vivir consigo mismos si ayudaban con la agricultura y silvicultura, así que se enlistaron para un trabajo en el aserradero de Mankendorf, en lo profundo de la campiña de Checoslovaquia, controlada

por los nazis. Ambos eran chicos de ciudad y ninguno de ellos había cortado un árbol, ni siquiera habían visto una vaca de cerca.

Eso era la libertad, comparado con la atadura de los campos de prisioneros en los que Bill había estado durante tres largos años, desde que tenía veinte. Ahí apenas estaban bajo la mirada de guardias, solo de algunos viejos soldados que, junto con una cerca de alambre, no eran más estremecedores que una cancha de tenis; pero nadie intentó escapar, porque no había ningún lugar hacia donde correr. Como Harry le recordó a Bill, estaban a más de novecientos kilómetros de Suiza y todo el camino estaría rodeado de fervientes y felizmente armados partidarios del Tercer Reich.

No era de sorprender que Bill estuviese intrigado cuando tanto el viejo guardia como el capitán los acompañaron a la granja la primera vez. No podía entender por qué necesitaban guardias ahí y no en algún otro lado. Hasta que vio a la joven y a su madre. Bill miró a Harry y pensó que la joven podría sucumbir ante sus encantos, como todas las demás. Pero Harry estaba bostezando y la joven ni siquiera le dedicó un segundo vistazo.

En su lugar, se encontró con los ojos de Bill y le sostuvo la mirada. Él sintió que el horizonte retrocedía a su alrededor y que el cielo se hacía más alto.